

Juntos en la Iglesia por un Mes Misionero "Extraordinario"

Queridas hermanas,

El mes de octubre, tradicionalmente dedicado a la misión ad gentes, este año se celebra en toda la Iglesia con una connotación especial, recordando el centenario de la Carta Apostólica *Máximum illud* de Benedicto XV (30 noviembre 1919).

La decisión del Papa Francisco de llamar a este Mes Misionero "*Extraordinario*" con el tema: *Bautizados y enviados: la Iglesia de Cristo en misión en el mundo* ha suscitado en mí, y creo que también será así para todas vosotras, una alegría renovada y un fuerte ardor apostólico. Es una oportunidad para acrecentar la conciencia de que la razón de ser de la Iglesia es el anuncio del Evangelio de Jesús a todos los pueblos sin distinción y para nosotras una llamada a consolidar en nuestras realidades el impulso misionero, dimensión esencial del carisma de Instituto desde sus orígenes (cf. C 1 y 6).

¿Cómo no sentirnos profundamente motivadas por esta llamada fundamental y exigente que involucra a la Iglesia y en ella a la Familia Salesiana? Constatamos la necesidad de un nuevo entusiasmo que abra el corazón y la mente a una verdadera conversión misionera. El Instituto ha nacido misionero y el carisma salesiano ha sido suscitado por el Espíritu Santo para difundirse y, por lo tanto, destinado a expandirse hasta los confines del mundo, superando barreras de culturas, lenguas, nacionalidades y confesiones religiosas.

Vivir intensamente este mes de octubre es, por tanto, para todas un tiempo favorable para redescubrir la *misión* de la Iglesia, para motivar de nuevo nuestro ser *comunidades misioneras* que, junto con las jóvenes y los jóvenes, son "Iglesia en salida", como insta el Papa Francisco. Yo también sueño un Instituto FMA con un alma misionera donde florezcan nuevas vocaciones porque vibra de amor, de alegría por el anuncio de Jesús, de pasión por el *da mihi animas cetera tolle*. Para que sea así realmente, os invito a vivir este momento especial con María: ella, la misionera de la alegría y de la esperanza, está feliz al acompañarnos, al caminar con nosotras.

La iglesia llamada a una *misión* del rostro universal

El Papa Francisco ha pedido a la Iglesia universal vivir el Mes Misionero de una manera "Extraordinaria", para conmemorar el centenario de la Carta Apostólica *Máximum illud* que el mismo Pontífice considera un documento profético y con visión de futuro en su propuesta. Por esto subraya: "Me ha confirmado que hoy sigue siendo importante renovar el compromiso misionero de la Iglesia, impulsar evangélicamente su misión de anunciar y llevar al mundo la salvación de Jesucristo, muerto y resucitado." (Mensaje para el Día Mundial de la Misión 2019).

Será un tiempo verdaderamente "extraordinario" porque es una oportunidad para redescubrir el sentido misionero de nuestra adhesión a Jesús en la fe que hemos recibido gratuitamente como un regalo en el Bautismo. La conciencia de poseer este don nos sitúa en plena comunión con la Trinidad, que nunca es, enfatiza el Papa, una experiencia individual, sino eclesial y nos hace sentir en profunda comunión con hermanos y hermanas de todo el mundo, sin excepción.

He aquí el significado de la misión: la vida divina que se nos ha dado no es un "producto para vender", sería proselitismo, sino una riqueza para dar, para comunicar con el testimonio de la vida, para anunciar con alegría a todos porque Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad, y a la experiencia de su misericordia, (cf. Lumen Gentium, n. 48, citado por el Papa Francisco en el Mensaje).

Una Iglesia misionera "en salida" es capaz de llegar allá donde solo el amor a Cristo la hace audaz y valiente en el anuncio. Una Iglesia formada por discípulos misioneros que toman la iniciativa, se involucran, son emprendedores en buscar el mejor modo a través del cual se pueda encarnar la

Palabra en las situaciones concretas y producir frutos de vida nueva, hasta la disponibilidad del martirio como testimonio supremo de Jesucristo. Una Iglesia misionera es la Iglesia que sabe dar el "primer paso", sabe tomar la iniciativa sin temor, también capaz de "celebrar" cada pequeña victoria, cada paso adelante en la evangelización (cf. EG, n. 24).

Para que esta obra evangelizadora llegue a las fronteras más distantes requiere, como subraya el Papa Francisco en varias ocasiones, una conversión misionera constante y permanente. Para evangelizar, de hecho, es necesario dejarse evangelizar. Es un "camino" ciertamente exigente pero practicable y posible, testimoniado por hermanos y hermanas en la fe impulsados por el fuego del amor que, por su naturaleza, es movimiento, apertura al otro, que no se abstiene de sacrificios y trabajo duro y empuja a tejer relaciones generadoras de esperanza.

La auténtica vida conferida en el Bautismo nos inserta a todos los efectos en la Iglesia. Y es en este sacramento donde experimentamos como hijos e hijas la originaria paternidad y la verdadera maternidad: "No puede tener a Dios como Padre quien no tiene a la Iglesia como Madre"

La iglesia es una Madre de corazón abierto de par en par que intenta llegar a todos, sin excepción y, si ha de privilegiar a alguno, elige sin duda a los pobres, a los que son olvidados, a aquellos que no tienen con qué recompensarte (Lc 14,14, cf. EG, n° 48).

La celebración de la Asamblea Especial del Sínodo de los Obispos para la Región Pan-Amazónica, que tendrá lugar en Roma en el próximo mes de octubre, es un evento providencial, afirma el Papa Francisco, que "me lleva a destacar que la misión confiada por Jesús, con el don de su espíritu, sigue siendo actual y necesaria para aquellas tierras y sus habitantes. Un Pentecostés renovado abre de par en par las puertas de la Iglesia para que ninguna cultura permanezca cerrada a sí misma y ningún pueblo se quede aislado, sino que se abran a la comunión universal de la fe" (Mensaje para la Jornada Misionera Mundial 2019).

Con esta reflexión abierta a amplios horizontes, el Papa recuerda a toda la Iglesia su identidad profunda, su vocación misionera: Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda criatura" (Mc 16,15).

Comunidades de ardiente espíritu misionero.

El 5 de agosto de este año en Mornese, con gran emoción, abrí el trienio de preparación para la celebración del 150 aniversario de la fundación de nuestro Instituto. El eco que se produjo fue maravilloso: Hijas de María Auxiliadora, jóvenes y laicos estuvieron involucrados en un movimiento vibrante de ese ardor misionero que nos pertenece por carisma. Sí, todas somos misioneras y llamadas a animar a los jóvenes y a las jóvenes a convertirse también ellos en misioneros, allá donde nos encontremos, independientemente de la edad, servicio y competencia que tengamos. Hay quien ofrece el propio sufrimiento con "corazón misionero" y quien, con intrepidez apostólica, goza de buena salud y está activamente presente en la misión.

El 5 de agosto, en la tierra mornesina, he sentido casi sensiblemente presente a Madre Mazzarello quien, con nuestras primeras hermanas, mira apasionada el mapamundi, ansiosa por ir a tierras lejanas para anunciar el Evangelio, para hacer conocer a Jesús como única finalidad de ese "salir", no sin la nostalgia, comprensible, de Mornese.

Ahora, como en un espejo, veo nuestra realidad actual y no puede sino agradecer al Señor, junto con todas vosotras, la fidelidad y el coraje de numerosas hermanas que mantienen y nutren el celo misionero de los orígenes (Cf C 1). Que viven de manera "extraordinaria" la vocación misionera con naturalidad, pasión, creatividad y capacidad para inculturarse en realidades desconocidas y ya amadas, felices de colaborar para la extensión del Reino de Dios. Hijas de María Auxiliadora pasadas y presentes, y ¡son tantas!, que, casi sin ellas saberlo, han realizado y realizan una maravillosa verdad: "Yo soy una misión en esta tierra, y para eso estoy en este mundo. Hay que reconocerse a sí mismo como marcado a fuego por esa misión de iluminar, bendecir, vivificar, levantar, sanar, liberar" (EG, n. 273).

La Iglesia brilla con numerosos testimonios que la hacen santa y siempre más misionera. Así es para nuestra Familia religiosa. Entre tantas heroicas misioneras pienso en sor María Troncatti, de quien recientemente hemos celebrado el 50 aniversario del *dies natalis* y que ha sido elegida entre los testimonios del próximo Sínodo Pan-Amazónico sobre el tema: *Amazonía, nuevos caminos para la Iglesia y para una ecología integral*.

En el mensaje enviado en esta circunstancia a la Inspectoría de Ecuador, en nombre de todo el Instituto, he agradecido y alabado al Señor por haber dado a la Iglesia, al Instituto y al pueblo Shuar el regalo de esta gran figura misionera. Ella, una mujer de frontera, la *misionera itinerante*, que ha llegado a las inexploradas periferias amazónicas y, con paciencia y audacia evangélica, ha abrazado las exigencias de la inculturación con la sensibilidad y la intuición de los santos. Sus días eran una continua “salida misionera” para hacerse cercana a las alegrías y sufrimientos de los pueblos indígenas, a sus tradiciones y a su cultura abierta a los valores del Evangelio.

Pienso, queridas hermanas, que todo es cuestión de amor y quien ama sabe comprender, adaptarse, sabe caminar decididamente para hacerse cercano. Este principio nos toca de cerca a todas nosotras en cualquier lugar donde nos encontremos viviendo nuestra “misionariedad”.

Somos conscientes de que no es el lugar lo que nos convierte en misioneras, sino el *mandato* que se nos dirige como un gesto de confianza, ante todo de Dios, de la Iglesia y del Instituto. Es el mandato misionero que señaló el CG XXIII y que el Papa Francisco hizo resonar en el corazón de las capitulares presentes en la audiencia: “*misioneras de alegría y de esperanza*”, esto es, educadoras, discípulas misioneras que renuevan “la pasión y el compromiso por la misión educativa evangelizadora, en cualquier situación, en cualquier trabajo, incluso inédito, en el que se exprese el carisma salesiano” (Actas CG XXIII, nº 50)

¡La misión, por lo tanto, es una acción que no solo va “más allá” de sus propias fronteras, sino que está presente donde quiera que esté la Iglesia y quiere llegar donde la Iglesia aún no está presente! Es allí donde las nuevas generaciones esperan palabras de vida, de paz, de amor verdadero. Tierra de misión es allí donde Jesús es ignorado, olvidado, desconocido; donde domina la discriminación y los derechos humanos son violados; donde no se vive el espíritu de las bienaventuranzas y no se promueve la solidaridad y la inclusión.

¡Con mi conocimiento del Instituto puedo afirmar que somos misioneras en todo el mundo! Son muchas las hermanas con las que me he encontrado en estos años y que son efectivamente “misioneras” aunque no se han alejado de su tierra natal y sencillamente “hablan” de Dios con la vida, ofreciendo gestos de humanidad, misericordia y perdón cuya necesidad continuamos constatando. Hermanas que comparten su camino de fe en la alegría de sentirse habitadas por Cristo resucitado, que dan felicidad y entusiasmo incluso en el trabajo y el sufrimiento diarios. Una felicidad hecha de acciones cotidianas, vivida “de puntillas”, pero que tiene el poder de mantener vivos los sueños de cada persona y, sobre todo, de los jóvenes. Hermanas que miran la compleja realidad de hoy con la misma mirada de Dios. Hermanas que viven el diálogo interreligioso en la vida cotidiana. ¿No son estas quizás hoy las misioneras generativas de vida?

Sin embargo, somos conscientes de que la misión nunca está cumplida, todavía queda un camino por hacer y entonces nos preguntamos: ¿Qué propuestas hacemos a los jóvenes y a las jóvenes para hacer que hagan experiencias misioneras entre los más pobres, despertando en ellos la pasión de comunicar el amor de Dios?

Os invito en este Mes Misionero Extraordinario a reservar momentos de reflexión personal y comunitaria sobre nuestro ser parte viva de una Iglesia totalmente misionera, sobre la dimensión misionera de nuestro Instituto, elemento esencial de su identidad y expresión de su universalidad (Cf C 75). Queremos vivir este tiempo con un espíritu de *misionariedad profética*, con ese fuego que ya está presente en nuestro corazón, pero que quizás, por varios motivos, puede haberse apagado o debilitado. ¿Cómo liberarnos de aquello que nos impide ser audaces y creativas para abrir hoy nuevos caminos?

La nuestra es una “comunidad mundial” (cf. C 115) presente en mucho Países del mundo y en los cinco Continentes. Constato, sin embargo, con sufrimiento, que todavía hay lugares donde la presencia de la Iglesia es débil por lo que a los niños, los jóvenes y las familias no les llega el anuncio del Evangelio ni una educación integral adecuada, por falta de personas dispuestas a ser misioneras *ad gentes*. ¡Ante estas realidades, le ruego continuamente al Señor que envíe muchas vocaciones al Instituto y a la Iglesia!

Relanzo con gran confianza y humildad el llamamiento a las hermanas que sienten en sus corazones la llamada misionera a llevar a cabo un sabio discernimiento a la luz del Espíritu Santo y así poder decir su sí con generosidad y en plena gratuidad.

Pueden surgir al interno de las Inspectorías objeciones y dificultades comprensibles. El Papa Francisco nos recuerda que “la vida se fortalece dándola y se debilita en el aislamiento y en la comodidad /.../crece y madura a medida que se la entrega para dar vida a los otros” (EG, nº10).

Por mi parte, agradezco a cada una de vosotras por su adhesión a Jesús, misionero del Padre y por la fidelidad con la que cada día vive la vocación de Hija de María Auxiliadora allí donde está. Deseo expresar un gracias especial a cada hermana que sostiene el Instituto y su misión con la oración y con el compromiso activo y solidario, a veces oculto, pero eficaz. Es muy hermoso pensar que para quien va y para quien se queda, hay una única misión: anunciar la salvación traída por Jesús a todos los pueblos. Pero, no solas, sino en plena sinergia con jóvenes, laicas y laicos dispuestos para acoger la consigna: “A ti te las confío”.

Una consigna misionera: “A ti te las confío”

El hilo conductor que acompaña la reflexión en esta circular es la consigna: “A ti te las confío”, que considero esencialmente misionera. De hecho, desde Borgo Alto de Mornese, sorprendentemente y me atrevería a decir que casi como un “milagro carismático”, se ha expandido con la fuerza del Espíritu Santo y ha aterrizado en los rincones más remotos de la tierra, involucrando a jóvenes y adultos en *un caminar juntos* vivido al estilo de Valdocco y Mornese, transformando realidades áridas en comunidades generadoras de vida, fecundas y atractivas.

La circular en preparación para el CG XXIV puede ser un punto de referencia para comprender más adelante la actualidad de esta consigna. Nos sentiremos estimuladas para aceptar y acoger con valor las nuevas exigencias de la “consigna misionera”, reforzando la colaboración y la comunión especialmente con los grupos de la Familia salesiana y las comunidades educativas.

Poner la misión en el corazón de nuestras comunidades educativas es el criterio para descubrir la eficacia apostólica de las comunidades, la fecundidad vocacional de nuestros ambientes y la alegría que somos capaces de suscitar en nuestro entorno. Es el secreto de nuestro camino de conversión y de santidad y, al mismo tiempo, su expresión más luminosa.

Son muchas las personas que se encuentran dispuestas a compartir con nosotras los esfuerzos y las esperanzas, para que los jóvenes puedan conocer y encontrar a Jesús y ser, a su vez, misioneros de otros jóvenes.

Comprendo que esta “misión compartida” no siempre es fácil. A veces pueden surgir verdaderas dificultades, pero la experiencia nos confirma que el bien a sembrar es mucho más fuerte que las dificultades y las posibles frustraciones. Estas pueden ser superadas si prevalece la conciencia de que hemos recibido la misma vocación que cumplir: somos bautizados, por lo tanto, enviados a anunciar y testimoniar con la vida la fecundidad de la Palabra de Dios, de modo que a nadie le falte la certeza de ser hijo amado por el Padre y, por lo tanto, digno de respeto en su dignidad personal y en la vocación que le ha sido confiada para la construcción de un mundo más humano y abierto al Evangelio.

El Papa Francisco nos recuerda que “quien ama se pone en movimiento, sale de sí mismo, es atraído y atrae, se da al otro y teje relaciones que generan vida. Para el amor de Dios nadie es inútil e insignificante. Cada uno de nosotros es una misión en el mundo porque es fruto del amor de Dios” (Mensaje para la Jornada Misionera Mundial 2019). Para nosotros el “lugar teológico” de la misión son los jóvenes a los cuales nos envía el Señor, para que en muchos de ellos se reavive la esperanza y se abran nuevas perspectivas de un futuro mejor donde los mismos jóvenes se sientan plenamente involucrados.

En muchas ocasiones el Santo Padre se ha dirigido a ellos con mensajes de gran contenido misionero y con una clara llamada vocacional. En mi corazón, en los corazones de las hermanas y de las comunidades educativas, ¿vibra con fuerza la confianza en los jóvenes y en su entusiasmo misionero como emerge en el pensamiento y en las acciones concretas del Papa Francisco? Lo suyo no es una utopía, sino un gran sueño en espera de ser realizado y que puede hacer surgir en cada joven la búsqueda y en la adhesión a la propia vocación en la Iglesia y en la sociedad.

La vida es misión y vivir con alegría la propia responsabilidad por el mundo es un gran desafío. La misión encomendada a los jóvenes es anunciar a Jesucristo para que pueda llegar a otros jóvenes. Es una confianza mutua: *¡a cada joven se le confían otros jóvenes!* ¿No es acaso la dinámica educativa-evangelizadora vivida en Valdocco y en Mornese y que también debe caracterizar nuestra realidad actual? Os dejo a vosotras el reflexionar sobre esta cuestión con la seguridad de que en todas existe el compromiso de mantener viva la fuerza y la belleza del *da mihi animas cetera tolle* alma de la misión.

Todo sucede por “contagio” y al amor es imposible ponerle límites. Es una irradiación que genera encuentro, testimonio, anuncio. Al mismo tiempo, genera compartir el amor con todos aquellos que están alejados de la fe, a son indiferentes, contrarios, escépticos. Los discípulos misioneros están llamados a ir a las periferias existenciales y no solo geográficas. La periferia más necesitada de Cristo es la indiferencia ante la fe y ante la sacralidad de la vida. Frente a este desafío se plantea un interrogante a los jóvenes: “¿Qué haría Cristo en mi lugar?”.

Es una pregunta explícitamente misionera-vocacional que también nosotras con valentía y coherencia podemos atrevernos a ofrecer a nuestros jóvenes, especialmente a los más sensibles, la consigna: “A ti te las confío”. Incluso hoy es posible creer que hay jóvenes dispuestos a ser por vocación, “misioneros de otros jóvenes”, y nosotras con ellos, porque la consigna no es “individual”, sino comunitaria siguiendo el estilo de Jesús actual en todas las épocas.

Concluyo deseando que vivamos este Mes Misionero “Extraordinario” *juntos*: jóvenes, comunidades educativas, personas disponibles a dar algo de sí para el crecimiento humano, cristiano y cultural de tantos pueblos sedientos de Verdad.

Quiero agradecer a sor Alaíde Deretti, Consejera para las misiones, y a sus colaboradoras, por ofrecernos, además de las cartas mensuales, una Guía enviada a las comunidades como ayuda para profundizar la Carta Apostólica *Máximum illud* en sus elementos clave.

Os invito a participar cordial y activamente en las iniciativas organizadas por las Iglesias locales.

Queridas hermanas, me uno con gran confianza a todas vosotras en este camino “misionero” con pasos valientes, humildes, a veces agotadores, seguros de la presencia de María que siempre nos acompaña para ser “misioneras de esperanza y alegría” como lo ha sido ella.

Estoy segura de que todas, según las propias posibilidades, queréis tener encendido el fuego del *da mihi animas cetera tolle* que nos lleva a arriesgar la vida, a ser audaces, a no tener miedo de los cambios, a estar abiertas a los nuevos desafíos de la contemporaneidad. (cf. *Mensaje para el 150 aniversario de la fundación del Instituto*).

Dios y María, la primera misionera, os bendigan.

Roma, 24 septiembre 2019

La Madre